

grandes destinos fuera de Francia. Conde de Anjou y de Provenza, después senador de Roma, rey de las Dos Sicilias, pretendiente personal al trono de Jerusalén, y para los suyos al imperio latino de Constantinopla, conmovió la mitad de Europa y fué celebrado ó maldecido en todas las lenguas (1). Soldado del papa, pero señor de los papas; celoso defensor de la ortodoxia, pero hábil para confundir los intereses de la ortodoxia con los de su ambición, es, desde ciertos puntos de vista, una prefiguración de Felipe *el Hermoso*. Se alababa su castidad, su devoción, su valor, el gusto que tenía por las artes. Su orgullo era legendario. A últimos de su carrera adquirió bastante ascendiente sobre la casa de Francia para comprometerla en terribles aventuras.

Luis IX tuvo seis hijos, de los cuales el mayor, Luis, murió en 1260, á los diez y seis años, y cinco hijas. Se cuidaba él mismo de su educación. Felipe, que le sucedió, describió á los inquisidores del proceso de canonización los ejercicios que su padre tenía costumbre de imponerles á él y á sus hermanos. Su actitud en presencia del santo rey era, según parece, algo temerosa; ni él, ni Pedro de Alenzón, ni Roberto de Clermont, ni Thibaut de Champaña, rey de Navarra, esposo de su hermana Isabel, se tomaban confianza con su padre. «El rey, cuenta Joinville, llamó á monseñor Felipe, su hijo, y al rey Thibaut y se sentó á la puerta de su oratorio, y puso la mano en tierra, y dijo: «Sentaos aquí, muy cerca de mí, para que no nos oigan.—¡Ah, señor!, dijeron ellos, no nos atreveríamos á sentarnos tan cerca de vos.» Y él me dijo: «Senescal, sentaos aquí;» después, dirigiéndose á ellos: «Habéis hecho mal, vosotros que sois mis hijos, al no haber hecho en seguida lo que yo os he mandado. Guardaos de que esto os suceda jamás.» Y ellos dijeron que nunca más volverían á hacerlo.

Así las relaciones de Luis IX con su mujer, con sus hermanos, con sus hijos, fueron más bien correctas que cordiales. Algunos de sus familiares ciertamente entraron más en su confianza. Pero de estos «amigos» del rey uno solo ha tenido el cuidado de darse á conocer: Joinville (2). Por un error de óptica muy natural, la posteridad no ha visto más que á él. Sin embargo, el senescal de Champaña, nacido en 1225, no fué admitido cerca de Luis más que desde la cruzada de Egipto. Y aún no era en Egipto ni uno de los jefes más visibles, ni uno de los caballeros más brillantes del ejército, en el que figuró en segundo término. A la verdad, durante la estancia en Tierra Santa, después del regreso á Europa de la mayor parte de los cruzados, vivió con el rey en una intimidad bastante estrecha. Poco después de 1254 dejó el servicio real: harto de aventuras, en adelante residió en Champaña para restablecer la prosperidad de su dominio, comprometida por su ausencia. De un carácter sociable, iba con frecuencia á la corte, donde era bien acogido: se le ve en ella, por ejemplo, en 1259, en 1260, en 1266 y en 1267; pero no tenía en la misma una gran importancia. Luis IX hacía gran ca-

(1) C. Merkel, *L'opinion dei contemporanei sull'impresa italiana di Carlo I d'Angiò*, en las «Mémoires de l'Académie des Lincei», 1889.

(2) La mejor disertación acerca de Joinville es la de G. Paris en la *Histoire littéraire*, tomo XXXII, 1893.

so de la lealtad y del buen humor del señor de Joinville, su antiguo compañero de guerra y de viaje; pero no le honraba con sus confidencias, y en los asuntos de Estado no era á él á quien consultaba. Si le hubiera consultado, el buen senescal, que en la historia de su amo intercaló la suya sin ningún escrúpulo, no se hubiera olvidado de decirlo. Cuarenta años después de la muerte de San Luis frecuentaba todavía la corte de Francia, renombrado por su sabiduría sentenciosa y su cortesía á la antigua usanza. Entonces fué cuando compuso su libro tal como ha llegado á nosotros, esas amables relaciones de un viejo algo caduco, coloreadas, vivientes, sin enlace, que revelan á la vez sus admirables dotes de expresión, los límites de su inteligencia y la medianía de su estilo.

El mismo Joinville nos hace saber el nombre del que fué el ministro preferido de los años de Luis IX: «monseñor Pedro el Chambelán, el hombre del mundo á quien él (el rey) creía más, el hombre más leal y el más recto que yo haya visto nunca en la casa del rey.» Este personaje de la casa de Villebeón, á quien no debe confundirse con Pedro *el Horrible* de Chamblí, chambelán en 1269, era desde 1250 el primero de la corte. Los extranjeros lo sabían: cuando en marzo de 1261 Enrique III y Simón de Montfort eligieron al rey de Francia como árbitro de su contienda, designaron subsidiariamente, para el caso de que el rey declinase este oficio, «á monseñor Pedro el Chambelán.» Se notó, como una prueba sorprendente de la firmeza de Luis IX, que éste hubiera denegado á un servidor tan querido, «uno de sus principales secretarios,» la gracia de un condenado. Pedro el Chambelán siguió á Carlos de Anjou á la conquista de las Dos Sicilias. Desde Túnez, algunos días después de la muerte de Luis IX, Thibaut de Navarra escribía al obispo de Túsculum afirmando que el nuevo rey dispensaba un gran favor á «monseñor Pedro;» pero «monseñor Pedro» murió poco después de su señor y fué enterrado en la basílica de San Dionisio á los pies de aquél, á quien tanto había amado.

Juan de Beaumont, caballero picardo, camarero de Francia, gozó también durante mucho tiempo de gran crédito. Inocencio IV, salvado por el rey de las garras del emperador, escribía á Juan de Beaumont en los términos más lisonjeros y le daba las gracias por haber decidido á su soberano, la reina y los príncipes, á sostener la Iglesia. Era un señor regañón y toscó. Joinville lo saca á la escena en la relación del consejo celebrado en Acre en 1250. Como Guillermo de Beaumont, su sobrino, defendiera en aquel consejo una opinión contraria á la suya: «¡Sucia porquería!, exclamó, ¿qué queréis decir? ¡Estaos quieto!—Señor Juan, dijo el rey, hacéis mal; dejadle decir.—Seguramente, señor, que no lo haré.» Por otra parte, los predicadores de fines del siglo XIII contaban de buen grado en el púlpito una anécdota del mismo género. Un día que Juan de Beaumont comía al lado de Guillermo, obispo de París, le preguntó bruscamente: «¿Para qué sirve el agua que está delante de vos?—Este agua, respondió el prelado, que en efecto bebía fuerte y todo menos agua, hace justamente en mi mesa el mismo servicio que vos en la corte del rey.—¿Es decir, que yo no sirvo para nada, monseñor?—Al contrario; cuando estáis en palacio, si un príncipe ó un conde quiere levantar la voz, en segui-

da le reprendéis ásperamente y le obligáis á callar. Si un caballero ú otra persona cualquiera habla con demasiada libertad, vos le llamáis al orden. De la misma manera, si mi buen vino de Angers, de Saint-Pourçain ó de Auxerre quisiera hacerme daño, recurriría al espíritu contradictor de esta botella de agua á fin de quitar al vino su fuerza...»

¿Para qué enumerar los demás familiares de San Luis? A excepción de aquellos que han escrito, como Roberto de Sorbón, el buen maestro Roberto, tan franco y tan altivo, cuya figura picaresca hace juego con la de Joinville (1), no se conocen de los restantes más que los nombres. La abundante literatura del siglo XIII no ha conservado el más fugitivo reflejo de «esos oficiales» y de esos «caballeros del rey,» que las actas, las cuentas y las crónicas nos presentan encargados de misiones confidenciales ó revestidos de las más altas funciones (2). ¿Qué se sabe del condestable Imbert de Beaujeu, los mariscales de Francia Ferri Pasté y Enrique de Courances, de Guido el Bajo, de Godofredo de la Chapelle, de Juan de Soisi, de Gervasio de Escrennes? ¿Y de esos prelados que, después de Gautier Cornu, fueron los ministros de las voluntades del rey: Juan de la Cour, Raúl Grosparmi, que llevaron el sello del rey, Mateo de Vendôme, abad de Saint-Denis que, junto con Simón de Nesle, estuvo por dos veces encargado, en la ausencia del rey, de la «guarda» del reino, y de tantos otros? Han pasado sin dejar huellas, ó poco menos. Algunos vivían aún cuando se hizo la información para canonizar á Luis IX y fueron interrogados; pero el confesor de la reina Margarita, que extractó los rollos de la información, no cita casi palabras que nos sirvan para formar concepto de aquellos que las profirieron.

Por otros documentos (cuentas, ordenanzas de palacio, etc.) podemos por lo menos formarnos una idea de aquella corte patriarcal que sin cesar mudaba de sitio, yendo de abadía en abadía, de casa real en casa real, á través de los grandes bosques del dominio, alrededor de París. El itinerario de Luis IX, que se ha trazado en nuestros días según las actas, indica las residencias que prefería: el monasterio de Maubuisson cerca de Pontoise, el castillo de Vincennes, las casas rústicas ó «enramadas» de Lyons (La Folie-en-Lyons), de Saint-Germain-en-Laye, de Fontainebleau, Lorris, Montargis, Poissi,

(1) Como Joinville en sus Memorias, Roberto de Sorbón se ha retratado de cuerpo entero en sus *propos*, reunidos y lindamente comentados por B. Hauréau, «Mémoires de l'Académie des Inscriptions,» tomo XXXI, 1884, segunda parte.

(2) Apenas hay en las Memorias de Joinville algunas palabras acerca de Juan de Valeri, el prohombre que reclamó audazmente en Egipto, contra el rey y el legado, «las buenas costumbres» de ultramar, y acerca de Godofredo de Sargines, quien después de Mansourah defendió al rey contra los sarracenos «como el buen criado defendiendo de las moscas el tazón de su amo.» Salimbene vió en Sens, en junio de 1248, á Eudo Rigaud, arzobispo de Ruán: «Cuando el rey de Francia, dice, iba al cabildo, todos nuestros hermanos salieron á su encuentro para recibirlo honoríficamente. Y el hermano Rigaud, de la orden de los menores, arzobispo de Ruán, revestido de los ornamentos pontificales, salió de la casa y fué apresuradamente hacia el rey, gritando: «¿Dónde está el rey? Yo le seguía, y él marchaba solo, desatinado, con la mitra en la cabeza y el báculo pastoral en la mano.» Este prelado pasaba por ser un hombre de talento; se han conservado de él algunas de sus agudezas que hoy ya no hacen reír (Lecoy de la Marche, *La société au XIII^o siècle*, pág. 122). Las sumarias de sus visitas diocesanas son célebres; véase más adelante, libro III, capítulo II.

Vernón... Se conocen los nombres, los sueldos y las funciones de los servidores del rey (3). Se sabe, por fin, que no consentía á su alrededor más que personas irreprochables; gobernaba su casa con una extrema severidad: algunos habían sido despedidos por haber pecado con mujeres ó por haberse olvidado de ayunar: «Infórmate á menudo acerca de los de tu casa, enseña San Luis á su hijo, para saber cómo se portan...»

La corte de San Luis no fué turbada por ningún escándalo. En primer lugar, el rey no tuvo ni favorito ni primer ministro: gran singularidad, porque todos sus predecesores los habían tenido: basta citar á Suger, Garín de Senlis, Esteban de Garlande, Roberto y Gil Clément; y sus sucesores inmediatos debían reanudar la tradición con Pedro de la Broce, Flote, Nogaret, Margni. En segundo lugar, los consejeros de la corona eran casi todos, en aquel tiempo, originarios de las antiguas provincias de entre el Soma y el Loira, corazón y cuna de la monarquía: Orleanais, Gâtinais, Isla de Francia, Beauvaisis, Picardía. No es seguramente que Luis IX hubiera adoptado un sistema acerca del particular; Joinville dice que buscaba «toda suerte de gentes que creían en Dios y le amaban;» por ejemplo, «dió el cargo de condestable á monseñor Gil de Brun, que no era del reino de Francia (era de la Flandes imperial), porque monseñor Gil tenía gran fama de creer en Dios y de amarlo.» Pero había heredado de su padre y de su abuelo un personal de gobierno que conservó y que era francés. Más tarde, las provincias recientemente anexionadas, Normandía, Langüedoc y hasta las repúblicas de Italia, poblaron la corte de ministros exóticos, extraños al espíritu y á las costumbres de los «prohombres» de la misma Francia y que importaron temibles novedades. Entre los honrados familiares de Luis IX reinaban todavía las antiguas costumbres, en armonía con el carácter del señor.

CAPÍTULO III

POLÍTICA INTERIOR. EL REY Y LA NACIÓN
DE 1235 Á 1270

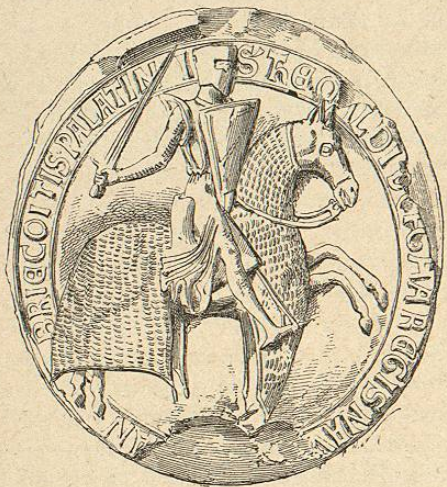
I. La nobleza.—II. Luis IX, la Santa Sede y el clero de Francia.
III. Las ciudades y el pueblo

Felipe Augusto, continuando la obra de sus predecesores, había conseguido que la monarquía de los Capetos hiciera grandes progresos. La revuelta que siguió á la muerte de Luis VIII no hizo ningún daño. Luis IX, en su mayoría, era un rey muy poderoso. Respetuoso de los derechos ajenos, el más conservador de los hombres, tal como lo conocemos, debía contentarse con la herencia que sus antecesores le habían asegurado. Mantener la Francia en los límites y la sociedad en el estado en que se encontraban á su advenimiento, tal fué, en efecto, su ideal. Pero tan celoso de hacer respetar su derecho, ó lo que él creía su derecho, como de respetar el de los demás, no debía vacilar en defenderse contra las empresas de la nobleza que, abatida, no era aún ofensiva, y contra las del clero. Toda su vida tuvo muy presentes las escenas de su minoría: la retirada de

(3) Libro III, capítulo I.

Monthéry, los caminos interceptados por la nobleza levantada en armas, las buenas gentes de París que le habían libertado, recuerdos muy propios para inspirarle el horror á la rebelión.

Por otra parte, lleno de confianza en la habilidad de su madre, le dejó, mientras ella vivió, la influencia decisiva en sus consejos. El gobierno de la reina Blanca se prolongó mucho más allá del término legal de su regencia. Antes, como después de 1235, Blanca figura en los actos públicos al lado de Luis; asiste á las entrevistas de su hijo con los príncipes y embajadores extranjeros; recibe peticiones é informes; acepta compromisos; impone sus antojos. Nadie ignoraba su poder.



Sello de Thibaut de Navarra

Como un hombre á quien el senescal Pedro de Athies se negaba á escuchar, amenazase con quejarse al rey: «¡Ah!, exclamó el senescal, daría cien marcos de plata por no oír hablar más del rey ni de la reina.»

I.—La nobleza (1)

La mano de Blanca de Castilla es visible, en particular, en las demostraciones enérgicas que disiparon, al día siguiente de la mayoría de Luis IX, peligros imprevistos, casi comparables á aquellos que, diez años antes, habían amenazado la corona.

Thibaut de Champaña, convertido en rey de Navarra, no se consolaba de haber abandonado al rey por cuarenta mil libras el homenaje de Blois, de Chartres, de Sancerre y de Châteaudun, antigua herencia de su casa. No tenía ninguna esperanza de recobrarlo por un litigio de reivindicación ante el tribunal de los pares. Se armó. Tenía de su primer matrimonio una hija, Blanca, heredera de Navarra, prometida hacía poco tiempo á un príncipe de Borgoña y después á un príncipe de Castilla: bruscamente, en 16 de enero de 1236, la casó con Juan *el Rojo*, de Bretaña, hijo de Pedro Mauclerc, sin el consentimiento del rey, que estaba obligado á pedir. La alianza de la Bretaña y de la Champaña, tan temida y tan temible, se había así realizado. Thibaut y Pedro esperaban obtener la garantía del conde de Borgoña, del conde de Bar, del conde

(1) FUENTES Y OBRAS DE CONSULTA.—Véase más arriba, página 187, y más adelante, página 215, nota tercera.

de Mácón, del señor de Couci; el papa había concedido la dispensa para la celebración del matrimonio; Hugo de la Marche, fiel á la causa de Blanca durante los últimos tiempos de la minoridad, prometió á Thibaut su concurso.

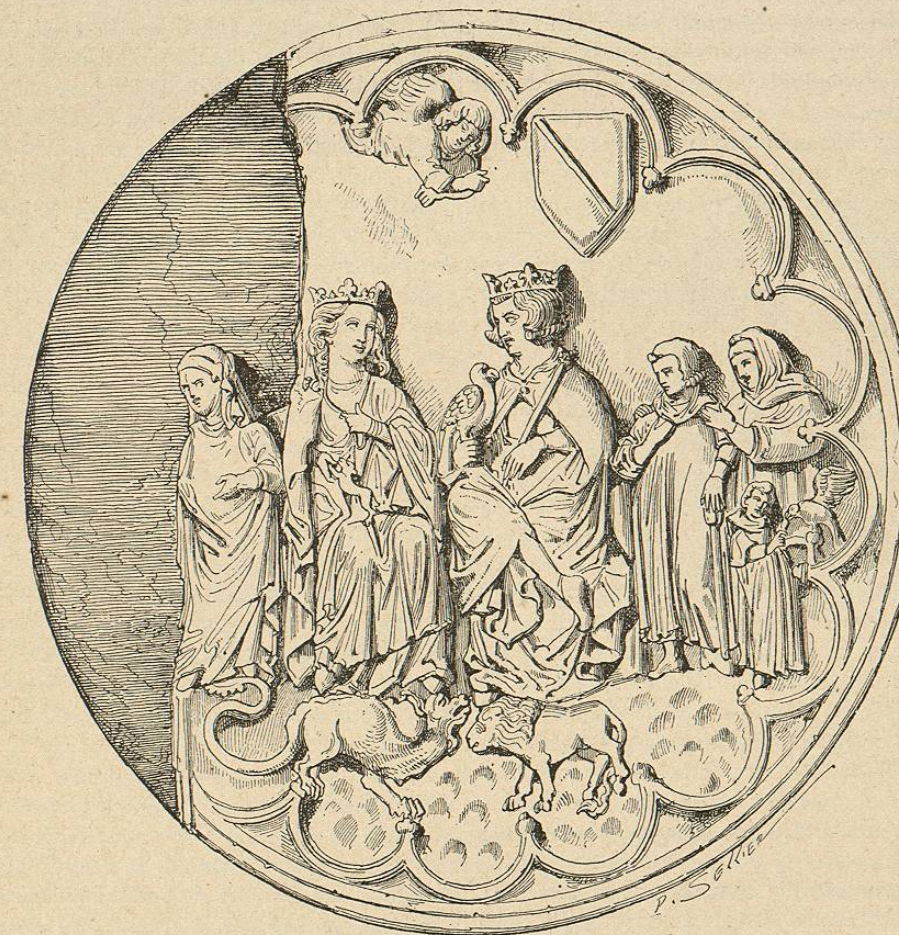
Se vió entonces hasta qué punto la posición del rey era fuerte y la impotencia de los contrarios; una simple reunión de la caballería real en Vincennes, en junio, desbarató esta coalición naciente sin necesidad de combate. Thibaut y Mauclerc, ya cruzados, se obligaron á marchar de Francia lo más pronto posible para la Tierra Santa, y confirmaron todas las cesiones señoriales que anteriormente habían consentido. Pero Thibaut no salió tan bien librado; en el momento que entraba en la sala donde el rey y la reina madre, siempre indulgente con las calaveradas de su antiguo amador, le esperaban para recibir su sumisión, unas gentes apostadas por Roberto de Artois le echaron á la cara un queso tierno, según unos, y según otros le echaron unas tripas, mientras que algunos criados situados á la puerta cortaban la cola de su caballo. «El rey de Navarra, dice el ministril de Reims, compareció muy irritado ante la reina y le mostró en qué estado le habían puesto, á pesar de su salvoconducto.» En esta incómoda postura desaparece de nuestra historia el caballeresco Thibaut, ya cubierto de los salvazos de Hugo de la Ferté y de sus émulos.

Fué también Blanca de Castilla la que impidió, durante los primeros años del reinado de su hijo, muchos casamientos que hubieran sido muy desventajosos para la casa real y para la paz pública. Roberto de Artois, hermano de Luis IX, había sido desposado desde 1235 con María, hija de la condesa Juana de Flandes; desposorios que, si María hubiese vivido, prometían Flandes á un Capeto. Dos años más tarde la condesa Juana, viuda de Fernando de Portugal, tuvo la fantasía de convolar á segundas nupcias con el joven Simón de Montfort, aunque tenía ya la edad de ser abuela. Si este ambicioso personaje, Simón de Montfort, se hubiese fijado, como conde de Flandes, en el continente, en vez de verse reducido á desplegar su actividad como jefe de los barones ingleses contra Enrique III, los destinos de Francia y de Inglaterra quizás hubieran cambiado. La reina prohibió este casamiento y Juana casó con Tomás de Saboya, tío de Luis IX por afinidad. La hija de Raimundo VII, «mademoiselle de Tolosa», que después del tratado de París había sido educada en la corte y prometida á uno de los príncipes de Francia, se unió con el príncipe Alfonso. Pero á fin de que la totalidad de la herencia tolosana quedase asegurada para Alfonso, era preciso que el padre político permaneciese en la viudez. Si Raimundo VII no volvió á casarse fué porque la reina vigiló cuidadosamente para evitarlo. En fin, dos grandes feudos del Norte, el condado de Boulogne y el condado de Pontieu, se dieron á dos sobrinos de Blanca de Castilla. Juana, heredera del Pontieu, había sido solicitada por el rey de Inglaterra; la reina influyó cerca de Gregorio VII para romper un proyecto tan poco conforme á sus deseos, y Juana se casó con Fernando III de Castilla. En cuanto al condado de Boulogne, la viuda de Felipe Hurepel, Mahaut de Boulogne, lo aportó como dote á «messire Alfonso», un segundón de Urraca de Portugal, hermana de Blanca, que

había sido educada en Francia con los hermanos de Luis IX. Este Alfonso, conde de Boulogne, colmado de beneficios por su tía, de quien era el preferido, fué más tarde rey de Portugal.

A pesar de todas estas precauciones, tuvo el rey que valerse de la espada. En Picardía, en Champaña, en Borgoña, en Bretaña, provincias poco tiempo atrás tan agitadas, la paz estaba restablecida. Pedro Mauclerc después de haber entregado la Bretaña á su hijo ma-

Dreux, quienes acababan de ser nombrados caballeros, el conde de la Marche y el buen conde Pedro de Bretaña; enfrente comía el rey de Navarra, con cota y manto de raso, bien adornado con correa, broche y sombrero de oro... Delante del rey trinchaba los manjares el buen conde Juan de Soissons. Para guardar la mesa del rey estaba «messire» Imbert de Beaujeu, que después fué condestable de Francia, «messire» Enguerrando de Couci y «messire» Arquimbardo de Borbón; detrás de esos



San Luis y Blanca de Castilla. (Medallón de marfil que se conserva en el Museo de Cluni.)

yor, el conde Juan de Mácón después de haber vendido al rey su condado de Mácón (febrero de 1239), el duque de Borgoña, el duque de Bar, Thibaut de Champaña, cruzados todos desde hacía mucho tiempo, se preparaban para la peregrinación á ultramar. Mas para que la muy turbulenta nobleza del Sudoeste, perdonada hasta entonces, permaneciera tranquila, y para que el Mediodía languiedociano se resignara definitivamente á las cláusulas del tratado de París, se hacía preciso un nuevo esfuerzo.

En 1241 el príncipe Alfonso de Francia, yerno del conde de Tolosa, que había cumplido los veintinueve años, fué investido del heredamiento que el testamento de Luis VIII le había reservado: los condados de Poitou y de Auvernia. Con este motivo se hicieron en el mercado de Saumur unas fiestas espléndidas, de las cuales setenta años más tarde el señor de Joinville conservaba todavía el recuerdo deslumbrador: «A la mesa del rey comían el conde de Poitiers y el conde Juan de

tres barones, treinta de sus caballeros con cotas de tejidos de seda y multitud de servidores revestidos con las armas del conde de Poitiers, forjadas sobre cendal.

»Estos mercados de Saumur están hechos como los claustros de los monjes blancos; pero son muy grandes, puesto que en el lado donde comía el rey comían también veinte obispos ó arzobispos, y en el extremo elevado la reina Blanca, á la que servían el conde de Boulogne, el buen conde Hugo de Saint-Pol y un alemán de diez y ocho años de edad, hijo de Santa Isabel de Turingia... A la extremidad del claustro, por otra parte, estaban las cocinas, las botellerías, las panaderías y las despensas. Y en todas las otras alas del edificio y en el patio del centro comían un gran número de caballeros; se decía que había más de tres mil y que nunca se habían visto tantas sobrecotas y otros vestidos de tejido de oro y de seda en una fiesta...»

Después de las fiestas de Saumur llevaron al conde Alfonso á Poitiers para que recibiese allí el homenaje

de sus vasallos. Ahora bien, entre esos vasallos estaba Hugo de Lusignán, conde de la Marche, segundo esposo de la «reina» Isabel, la viuda de Juan Sin Tierra, madre del rey de Inglaterra. Prestar á un joven homenaje de tierras que poco antes pertenecían al patrimonio de los príncipes ingleses, parecía á Hugo, y sobre todo á su mujer, una cruel humillación. Desde Lusignán, donde había reunido tantas gentes de armas como había podido, marchó á Poitiers acompañado de la «ex reina.» Luis IX, cogido de improviso, tuvo con ellos durante quince días numerosas entrevistas. «El rey no se atrevió á marchar, refiere Joinville, antes de ponerse de acuerdo con el conde de la Marche; yo no sé de qué modo convinieron, pero mucha gente decía que el conde de Poitiers y él habían hecho mala paz.» No tan mala, sin embargo, puesto que Hugo de Lusignán se resignó á las ceremonias del homenaje y á ciertas restituciones en Aunis. Luis IX y sus hermanos fueron hospedados á su partida en el castillo de Lusignán. Pero Hugo, al ceder así, había contado sin la exasperación de su familia.

Los acontecimientos que siguieron al paso de la corte por Lusignán son conocidos por un informe confidencial dirigido á la reina madre (entre julio y diciembre de 1241) por un burgués de la Rochela (1). «La señora de la Marche, escribe este agente, ha hecho sacar del castillo, en su furor, las telas y los cofres, los colchones, las sillas, los jarrones, hasta una imagen de la Virgen y los ornamentos de la capilla, todo lo cual ordenó que se transportara á Angulema. A esta vista, el conde, afligido, le pidió explicaciones con un tono humilde y sumiso, y le dijo que podía comprar, si ella quería, muebles tan bonitos en Angulema. «Fuera de mi presencia, le dijo ella, vos que hacéis honores á aquellos que os desheredan; yo no os veré nunca más.» En Angulema ella le cerró la puerta durante tres días; después, llorando: «Hombre indigno, le dijo, ¿no visteis en Poitiers, donde tuve que aguardar tres días para hacer la corte á vuestro rey y á vuestra reina, no visteis que en el momento en que comparecí á su presencia, en el cuarto, el rey estaba sentado á un lado de la cama y la reina al otro lado, con la condesa de Chartres y su hermana la abadesa (de Fontevrault), y que ni tan siquiera me invitaron á sentarme, para envilecerme delante de todo el mundo? Porque es envilecerme dejarme allí como á una sirvienta, de pie, á la vista de todo ese pueblo, delante de ellos; y ni á mi entrada ni á mi salida se levantaron poco ni mucho, por desprecio hacia mí lo mismo que hacia vos... El dolor y la cólera, más aún que la pérdida de esa tierra que nos han arrebatado, me matarán si, Dios mediante, no tienen que arrepentirse de ello y no pierden lo que es suyo...» A estas palabras y ante estas lágrimas, el conde, bueno como sabéis, se conmovió mucho, y dijo: «Señora, mandad; yo haré todo lo que pueda, sabedlo bien.—Pues bien, sí, dijo ella; si no, nunca más dormiréis conmigo.» Y el juró con fuerza que haría su voluntad.»

Así fué como el conde de la Marche se decidió á conspirar. El oficioso corresponsal de Blanca de Castilla estuvo al corriente de sus intrigas: «Tuvo una con-

(1) Publicado por L. Delisle, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes,» cuarta serie, tomo II, pág. 513.

ferencia en Parthenai con el conde de Eu, Godofredo de Lusignán y todos los barones del Poitou. «Como los franceses, dijo uno de ellos, nos han detestado siempre á nosotros los del Poitou, querrán arrebatarnos todos nuestros bienes... y nos tratarán peor que á los normandos y á los albigenses; porque hoy el más insignificante servidor del rey hace lo que quiere en Champagne, en Borgoña y en todas partes, porque todos los barones, como esclavos, no se atreven á moverse sin orden suya. Más quisiera morir, añadió, y lo mismo que yo todos vosotros, antes que estar así. Los burgueses también temen su dominación á causa del orgullo de sus criados, estando lejos de la corte (del rey) y no pudiendo ir á ella, lo cual motiva su ruina. Preparémonos, pues, á resistir valerosamente por miedo de perecer todos juntos...» Y entonces se confederaron y fueron á Angulema para hablar con la «reina» (la condesa de la Marche), la cual, contra su costumbre, los recibió benévolamente, aun á aquellos á quienes no amaba; y renovaron el pacto en su presencia...» Después de lo cual los potevinos se entendieron con los anglo-gascones: «Fueron á Pons, donde estaba el senescal de Gascuña que había vuelto recientemente de Inglaterra... Allí se encontraron todos los barones, castellanos y señores de la Gascuña y del Agénais, los alcaldes y los regidores de Burdeos, Bayona, Saint-Emilión, La Reole, y el conde de Bigorra y los castellanos del obispado de Saintes. Y todos dijeron que, si eran sometidos á los franceses, quedarían arruinados. Ahora la tierra les pertenece y hacen de la misma lo que quieren; porque en cuanto al rey de Inglaterra, hasta en Burdeos y Bayona no cuenta para nada, y este rey les da bastante, en cuanto á los franceses, éstos les quitarán sus bienes. He aquí lo que decían gentes que tenían sus instrucciones. Por fin se aliaron...»

El movimiento se extendió pronto á toda la región del Sudoeste y del Sur. Comminges, Armañac, Lautrec, Narbona se afiliaron; y el conde de Tolosa, el padre político, contra su voluntad, de Alfonso de Poitiers, entreviendo un desquite de sus humillaciones pasadas y presentes, se metió en la aventura; se le puso de buena gana en primera fila, tanto más cuanto que representaba mejor que nadie, contra la Francia, los sufrimientos y los rencores del Mediodía. En la liga se hicieron también admitir el rey de Aragón, señor de Montpellier, y como era natural, el rey de Inglaterra, hijo de la condesa ofendida. Mauclerc, el rey de Navarra, el rey de Castilla y el emperador Federico II enviaron, según se dice, mensajes animando á los ligeros. En resumen, se formó una coalición menos temible, sin embargo, en realidad que en apariencia, como lo demostraron los acontecimientos y como ya lo había previsto el burgués de la Rochela, que conocía bien á los promovedores de la empresa. «Tened cuidado, señora, si enviáis al conde y á la condesa de la Marche, de no rogarles; que sean requeridos en toda forma; un requerimiento en justicia, audazmente seguido de actos, les volverá más dóciles; ellos no cederán más que al miedo, como de costumbre... Pero si los potevinos hacen la guerra, yo bien sé que será un efecto de la justa providencia de Dios que pierdan por su ingratitud aquello que para el bien de la paz les habéis dejado. Y creo que la sentencia de Dios caerá sobre ellos, porque no son amados

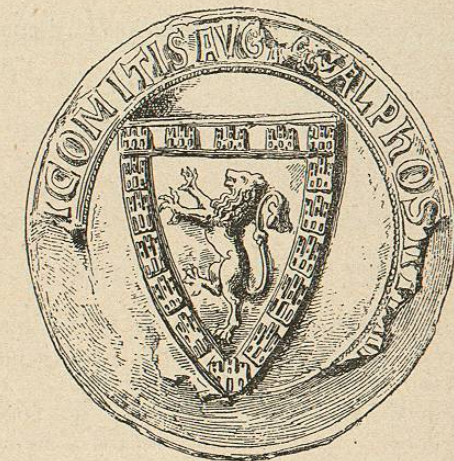
de sus gentes. La tierra se rendirá por sí misma á vuestro hijo, si esto sucede, aunque los municipios de la Gascuña les hayan prometido enviarles en caso necesario quinientos caballeros á sueldo de los mismos, quinientos jinetes, quinientos ballesteros á caballo y mil hombres de á pie. Pero todo esto me tiene sin cuidado; no se atreverán á moverse...; si lo hacen, sus bienes serán vuestros.»

El conde Alfonso reunió su corte en Poitiers el día de Navidad. Esta fué la ocasión de la ruptura preparada hacia seis meses. Hugo de Lusignán desafió públicamente á su soberano; se retractó de una manera afrentosa del homenaje que había prestado y entró en campaña. Según así lo esperaba, la corte de Francia confiscó sus feudos, y el rey convocó un ejército para ejecutar la sentencia (abril de 1242).

La historia de la expedición de Luis IX á la región del Sudoeste se divide en tres períodos (1). Primero el ejército real, partido de Chinón en buen orden, «como es la costumbre de los franceses» (Mateo de París), invadió los dominios de Lusignán y se apoderó de los castillos. Después el rey de Inglaterra entró en línea. En 12 de mayo de 1242 desembarcó en Royán, con su hermano Ricardo de Cornuailles, que se titulaba conde de Poitiers, trescientos caballeros y varios toneles llenos de libras esterlinas. Para justificar su intervención dirigió reclamación á los franceses en tono conminatorio; habían despojado á Savary de Mauleón, ocupado Bressuire, violado la tregua; en 16 de junio hizo llevar su desafío á Luis IX por estos motivos. Sin embargo, no estaba pronto. Mientras que Luis arrasaba las fortalezas de Frontenai (hoy día Frontenai-l'Abattu) y de Matha, él iba errante desde Saintes á Tonnai-Charente, desde Tonnai al puente de Taillebourg, sin atreverse á tomar la ofensiva. Pero el señor de Taillebourg, Godofredo de Rancogne, era enemigo personal del conde de la Marche; había jurado dejar crecer su barba y sus cabellos hasta que hubiera tomado venganza de aquel conde, y entregó la plaza á los franceses. El lunes 21 de julio por la mañana, los dos ejércitos se encontraban frente á frente, separados tan sólo por el Charente: el campamento francés, sobre la orilla derecha, alrededor de la villa, semejava «una grande y populosa ciudad;» los ingleses en pequeño número estaban sobre la margen izquierda. La desproporción de fuerzas pareció tan grande, que, por consejo del conde de Cornuailles, Enrique III, amenazado de verse cortar la retirada por un movimiento envolvente del enemigo que había franqueado el río por dos sitios, pidió un armisticio y por la noche levantó el campo y se retiró (2). Al día siguiente se libró una batalla bajo los muros de Saintes; fué corta y poco sangrienta; el rey de Inglaterra dió la señal de la huida. En seguida los potevinos, «que le habían atraído con sus promesas,» lo abandonaron; Renato de Pons le traicionó; el conde de la Marche y su mujer imploraron «de rodillas, llorando,» la clemencia del vencedor (26 de julio). En la noche del 26 al 27, el inglés, informado de estas defecciones y á punto de

caer prisionero, cabalgó precipitadamente hasta Blaye. El 1.º de agosto, en una pradera cerca de Pons, Luis IX recibió las sumisiones de los potevinos é hizo conocer á Lusignán las condiciones de su perdón. La campaña, por lo demás, concluía oportunamente, porque el ejército real, atestado de enfermos (el mismo rey estuvo á punto de morir de la «enfermedad de la hueste»), se juzgó que no estaba en disposición de emprender el sitio de Blaye. Antes de fin de agosto los vencedores descansaban en Tours; Enrique III y los suyos en Burdeos. Quedaba Raimundo VII, cuyas fuerzas estaban aún intactas. Contra él se dirigió el esfuerzo del rey durante el tercer período de la guerra.

La lucha se presentaba para el conde de Tolosa en malas condiciones. La nobleza del Mediodía no supo



Sello del conde de Eu

jamás organizar la defensa contra el enemigo del Norte. Batida, magullada, gastó desde el tratado de 1229 las últimas fuerzas de su desesperación en sobresaltos incoherentes. Este mismo Raimundo VII que en 1242, envalentonado por la alianza ilusoria de los príncipes de España y de Gascuña, se armaba para una aventura condenada de antemano, se había negado dos años antes á ayudar á Raimundo Trencavel, hijo del último vizconde de Beziers, en una tentativa que había comprometido por algún tiempo en Carcasona y en Narbona la dominación francesa.

Hacia el mes de agosto de 1240, Trencavel, jefe de una banda de *faidits* (desterrados) del país refugiados en Cataluña, había invadido el valle del Aude; el Termenés, el Minervoís, el Carcasés y el Cabardés, Limoux, Alet, Montreal, un buen número de castillos y de villas le habían recibido en triunfo; el senescal francés Guillermo des Ormes había tenido que encerrarse en la ciudad de Carcasona con sus hombres y con los clérigos de la comarca á quienes los *faidits* daban la caza. Pero Trencavel, abandonado á sí mismo sin material de sitio, rechazado de la ciudad, había tenido que retroceder delante del ejército de socorro que Luis IX se había apresurado al primer aviso á enviar contra él, á las órdenes de Juan de Beaumont y del mariscal Ferrí Pasté. La comarca de Carcasona conservó mucho tiempo el recuerdo y el terror del nombre de Juan de Beaumont, quien ejerció durante el invierno de 1240 á 1241 unas represalias atroces. Este personaje, cuya brutalidad era conocida, hizo colgar á los rebeldes por ra-

(1) C. Bémont: *La campagne de Poitou, 1242-1243* en los «Annales du Midi,» tomo V, 1893.

(2) No hubo, pues, combate en el puente de Taillebourg, aunque se haya inaugurado en aquel sitio, en 1892, una columna conmemorativa.